

# EL DEFENSOR DEL OBRERO

## El regalo de los Reyes

I

Estaba el sabio en su cuarto de trabajo, una habitación, las paredes de la cual desaparecían hasta la cornisa tapadas por las filas de volúmenes alineadas en las tablas como los tomos de las tiendas de libros, y de pie ante su mesa abarrotada de infolios, acababa de examinar al microscopio no se qué planta que en aquel hacinamiento de papel impreso resultaba con extraordinaria vida. Y sonriendo con helada sonrisa de escéptico, monologaba, limpiando las lentes del instrumento:

—La evolución y nada más que la evolución, el transformismo de la materia. Parece mentira que haya todavía quien defienda sinceramente lo maravilloso, si es que existe, quien de buena fe lo patrocine. He ahí el vicio de nuestra educación, vicio inveterado y de añejas raíces, especie de yedra que vive abrazada a las inteligencias desde hace siglos y que es preciso cortar al fin para que no continúe ahogando más troncos. Pobre juventud agobiada de generación en generación por la losa del error que hunde sus hombros, y sobre todo pobre niñez, pobres niños que en la edad en que la fantasía se abre a cuanto brilla, es deslumbrada por tanta falsa idea, semitas malas que allá quedan en su cerebro y que tan difíciles de arrancar son luego de que con los años dan su anémico fruto.

Acabó el sabio de asear el microscopio, lo guardó en su caja, y como satisfecho de sí mismo, prosiguió:

—Es preciso aplicar Darwin a todos los conocimientos humanos, destruir esa utopía de lo maravilloso que hoy alucina a los niños, que comulguen en la evolución, que se persuadan de que solo lo natural es lo cierto, y si por fin me dan la cartera de Instrucción pública, poco he de poder o implanto mi sistema basado en la verdad, según lo vengo defendiendo en la cátedra y en

el periódico. Es preciso que el niño sepa que no cuenta sino con razón, que es su fuerza. Guerra a la leyenda, a la fábula, al mito, a lo extraordinario, cerremos de una vez el paso a lo inverosímil y criaremos una generación robusta y despreocupada.

Con firmeza de convencido soltó el sabio semejante aluvión de apotegmas glaciales, y luego como si continuara sonriendo desdeñosamente a alguna deidad invisible, a la que viera implorando desde la sombra, se sentó ante su mesa de trabajo, y requiriendo plumas y cuartillas se dispuso a escribir, concluyendo:

—¡No más debilidades! La experimentación base del conocimiento.

En aquel instante pegaron dos golpecitos en la puerta, y, dado el permiso para entrar, apareció en el umbral un niño.

II

Era una monísima criatura como de nueve años, de ojos azules y dulces, de escocés, que revelaban esa blandura de los caracteres de cera, fáciles de amoldarse al consejo educador. Se adivinaba en él la extrema sensibilidad y la despierta fantasía, por lo cual quizá el medrado físico no pasaba de lo imprescindible para que aquella almita tuviera donde alojarse. Bien dirigido por una buena madre, por una madre piadosa y cristiana, habría resultado un corazón tierno, un embrión de ferviente. Por su desgracia carecía de ello, y el cincel encargado de labrárselo era el seco y rudo de su padre, el sabio naturalista apóstol del materialismo.

El sabio suspendió su tarea y preguntó:

—¿Que quieres?

No debía ser la vez primera que el niño encontrara en su camino la repulsa de su padre, por que vaciló un instante y al cabo exclamó, impulsado por su deseo voraz de infante:

—Venía a decirte, que como este balcón da a la calle... si quieres que ponga aquí el zapato.

—¿Qué zapato?—preguntó el sabio sin acordarse de la fecha que corría.

—El de los Reyes, que son

esta noche; y como hay que sacar un zapato al balcón si quiere uno que le dejen un juguete.

Nueva sonrisa, de ira ahora, contra todos los prejuicios de los siglos, contra toda la humanidad negra y supersticiosa. Y exclamó, gritando:

—¿Pero quien te ha contado esas trolas, criatura?

Rebelose la fantasía en capullo del niño, como niño enamorado de la leyenda.

—¡Si que vienen, papá, y traen regalos a los niños que dejan su zapato al sereno! Luis, el del segundo, piensa poner un chanclo, que es más grande; y Pepito, el de al lado, un borcogui. Pues mira, Luis, no, por que es muy destrozón; pero Pepito todavía conserva del año pasado una fusta.

—¿Pero quien ha visto llegar a esos señores?

—La abuelita de Luis, que es muy formal y sabe muchas cosas.

El sabio como que se recogió un instante, pensando, sin duda, del modo que hundiría mejor y más seguramente el puñal de su palabra en aquella inocencia virgen, y luego habló con un tono muy grave:

—¿Tú no dudarás que yo te quiero mucho, verdad, Antofito?

—¿Qué he de dudar?

—¿Ni me juzgarás capaz de engañarte?

—¡No!

—Pues bien, no creas esas patrañas, hijo mío. Cuando seas mayor te darás cuenta bien de las cosas y sabrás que hay una que se llama leyenda...

—Lo sé; mi ama siempre está diciendo: eso es una leyenda.

—Pues una leyenda es la de los Reyes, y esa leyenda pretende que en conmemoración de la venida de los magos, de que te habrá hablado el maestro y que te has aprendido de memoria, todos los años se repite la visita de esos señores que traen regalos a los niños...

—Pero, papá—interrumpió el rapaz presuroso,—a mí mismo me lo han traído otras veces.

—¿Y no te malicias lo sucedido? Si pudieras levantar el techo de cada casa esta noche desde las nueve, verías a todos los mucha-

chos durmiendo y soñando con lo que les fest-jarán los Magos, y a los respectivos papás abriendo el balcón muy arropados para no atrapar una pulmonía y con riesgo de cogerla, dejando en el zapato la muñeca o el sable que compraron por la tarde en el bazar X, y que introdujeron de contrabando en casita para que el rapaz no se enterase, y suponer luego conducido en los camellos del buen Baltasar, o del honorable Melchor, el anhelado juguete.

El niño escuchaba en silencio, recibiendo aquella rociada de crueles desengaños, y al cabo el sabio terminó:

—Esa es la verdad, hijo mío; y ya que en la escuela no te desvanecen esas falsedades, hijas de la superstición, lo haré yo, que soy tu padre. Todavía eres muy niño para que te hagas cargo de las cosas; pero bueno es empezar a desbrozar tu inteligencia. Te he prometido que en su día te recompensaré si eres laborioso y estudias; pero hoy déjate de Reyes ni de zapatos, y no hagas caso ni de Luisito ni de Pepito ni de la abuela, sobre todo de la abuela, que, como todas, será de las de mantilla parda.

El tono con que había pronunciado el sabio sus palabras no admitía réplica y el niño no se atrevió a formularla. Y salió de la habitación al oír decir a su padre:

—Y ahora vete a estudiar la lección de mañana y déjame solo, que tengo que trabajar yo también.

III

No tuvo necesidad el hijo del sabio de ir a buscar a sus amigos a sus respectivos cuartos para saber lo que les habían traído los Reyes. Los mismos niños, impulsados por su impaciencia infantil, apenas entrada la mañana, y con ese anhelo comunicativo de la dicha, corrieron a buscarlo, bandiéndole el uno una escopeta de muelle que disparaba sus balas de corcho, y con todo un rebano de ovejas el otro, tumbadas entre el verde de la caja que les servía de establo.

—¡Mira lo que me han traído los señores Magos!